

Jesús Fernando  
Pérez Quiroz\*

A N T R O P O L O G Í A

## La música que acompaña la partida de angelitos. Violinero Serafín Zavala Salvador



**E**n la comunidad de Carpinteros, municipio de San Agustín Metzquitlán, estado de Hidalgo, vive el señor Serafín Zavala, músico tradicional de su comunidad y artesano tallador de madera. Talla la madera de ocote para crear bateas, con diferentes fines utilitarios, los que se reconocen en forma y nombre. De esta manera produce “tepextates”, “machihues” y “bañitos” entre otras; de hecho él ha “inventado”, o bien aportado, otras formas además de las que la tradición le hizo conocer desde niño, como la batea de “media luna”.

Si se conoce a don Serafín Zavala, lo más seguro es que se encuentre uno en su comunidad llamada Carpinteros (lo cual brinda congruencia con su vida y oficio). Se trata de un pueblo al que se llega después de atravesar grandes áreas arboladas de bosques, coníferos principalmente, donde el clima regular es rodeado de neblina y un frío húmedo. En Carpinteros se pueden apreciar las casas de muros fabricados con troncos que se cruzan en las esquinas y techos de tejamanil o láminas a “dos aguas”, que delatan la abundante lluvia que hay en la región.

Esta tipología constructiva vernácula regala un aire de intimidad, de saberse lejos de lo urbano inmersos en esa “otra realidad”, una lección que enseña cómo sabiamente se responde aquí a las características ambientales, utilizando los materiales que ofrece el mismo medio. Casas valiosísimas en estos tiempos de construcción sin personalidad, casas que abrigan en sus pórticos de recibimiento un espacio multiusos, adornado por las mazorcas seleccionadas para la próxima siembra; sabiduría ancestral.

Estar en este lugar forma parte de la mística que acompaña a tan agradable señor, que con el talante de una tranquilidad gigante recibe a sus visitantes con sonrisa y expresión amable, sus dulces ojos contrastan con la fuerza que proyectan sus manos, sabias artesanas conocedoras del material maderable que regala según su especie, creaciones utilitarias y también lúdi-

\* Arquitecto. Encargado del Departamento de Fomento al Arte y Cultura Popular, Dirección de Patrimonio Cultural, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo.

cas, como lo son los instrumentos musicales. Y es menester reflexionar en que no es lo mismo producir un objeto utilitario, como las valiosas bateas, que uno musical.

Todo eso producen las mágicas manos de don Serafín, pues él talla la madera para realizar el violín, instrumento de su preferencia y que ha ejecutado desde que se acuerda. Gran cualidad en las manos de un artesano producir el mismo objeto de su ejecución musical; al cual le arrebatan los dulces sonidos de tan importante instrumento, ya que en el violín reside el compromiso de interpretar la parte musical conocida como “la melodía”, pieza clave en el sentido musical de cualquier género donde se le encuentra.

Con más de 70 años, don Serafín ha sido músico tradicional con la habilidad y gusto por tocar diferentes géneros además del ceremonial, como los sones para diferentes danzas, o huapangos alegres que revelan el carácter regional con ese compromiso social que se asume al acompañar a sus vecinos de comunidad (o de región), en los momentos que surge una alteración de la vida cotidiana, ya sea la fiesta del patrón de la iglesia, alguna “curación” de las casas con la tipología vernácula del lugar, o cuando —desafortunadamente— sucede la muerte de alguien.

Es este último rubro del que quiero tratar, uno de varios donde la labor y el conocimiento de don Serafín entran en escena. Cuando el fallecimiento de alguna persona ocurre en estas comunidades, suceden eventos detonados por esa ausencia, y los usos y costumbres de los lugareños surgen de manera solemne al realizar diferentes ceremonias para despedir al difunto y encomendar el camino del ánima; ahí aparece eventualmente lo sustancial de la música, la cual forma parte de tradiciones muy íntimas de la sociedad popular.

No todas las muertes significan lo mismo, y aunque todas son dolorosas ciertamente ninguna lo es tanto como la de algún niño o niña (“angelitos”, como se les llama a los pequeños fallecidos), trágico evento donde la música de don Serafín toma importancia, pues él es uno de los últimos músicos que conocen los “sones” que deben ejecutarse en medio de un suceso de tal solemnidad, son diferentes y tienen características que se amoldan a los diferentes momentos alrededor del fallecimiento.

En todas las sociedades se lamenta el deceso de un infante, y para ilustrarlo con un ejemplo ajeno al contexto hidalguense popular del que estamos tratando, cito la letra de una canción (“Los niños no mueren”) que se ocupa del tema, revelando y sintetizando gran parte del sentir que se comparte solidariamente con el funesto personal o ajeno, urbano o rural, pero siempre concerniente al hecho del descubrir esa gran ausencia que supone tal pérdida:

Autor: Floricienta  
 Saben que los niños  
 son ángeles sin alas  
 que nos manda el cielo  
 para ser más buenos  
 Son los que nos marcan  
 donde está el camino  
 donde está lo bello  
 de nuestro destino

Cuando ríe un niño  
 el sol aparece  
 y todo se aclara  
 el mundo florece  
 Se enciende la vida  
 se encuentra el camino  
 y nos damos cuenta  
 que seguimos vivos

(Coro 1:)  
 Los niños no mueren  
 se nos van al cielo  
 quedan en el alma  
 y se ponen alas  
 y vuelan muy cerca

(Coro 2:)  
 Los niños no mueren  
 se van por un tiempo  
 a juntar estrellas  
 y nacen de nuevo  
 en otro pequeño

Los niños del mundo  
 hoy sufren por hambre  
 por frío, por miedo

por falta de techo  
Y llora la tierra  
también llora el cielo  
cada vez que un niño  
se queda en silencio

Pequeño chiquito  
requete chiquito  
no te vayas nunca  
quédate conmigo  
que te necesito

Los niños no mueren  
sólo van al cielo...  
los niños no mueren

Este tipo de música tradicional contiene la más profunda connotación respecto a tradiciones y momentos cruciales. Con respecto al arte de don Serafín, aunque recientemente fue llevado a grabación un disco que incluye varios sones y danzas promovido por el gobierno de Hidalgo, falta aún material del tipo mencionado, que brinde una enseñanza de vida conmemorando la muerte; el mismo don Serafín, al ver su disco grabado, explica que los sones llamados “Gloria 1, 2, 3 y 4” en realidad tienen sus nombres respectivos y no se especificaron ahí.

También sería de importancia enorme consignar en el arte de lo grabado una breve explicación de la connotación y parafernalia de cada son o “Gloria”, de su situación envolvente y eventos secundarios que rodean dichos ceremoniales, como la asistencia al velorio de diferentes personalidades, la comida y bebida que se acostumbra ofrecer a los distintos visitantes. Es necesario, además, realizarlo con sumo respeto, pues este tipo de acto creativo en medio de lo funerario es susceptible de sufrir erróneas interpretaciones, por eso hay que explicarlo.

La apuesta debe ir con los más jóvenes, y tenemos el compromiso de no perder esta herencia que recibimos de los antiguos, para entregársela a ellos viva y vibrante, como puede ser preservada, pero debemos presentarle atractiva, y sobre todo, en términos del presente que incluyen hacer del proyecto una acción integral, que conlleve beneficios reales para todos. No hay que



ser un experto en música, ni siquiera en cultura popular, para darse cuenta de la valía de nuestros artesanos.

Y se aprecia en cualquier comunidad la personalidad ambivalente de nuestros artesanos, pues además de su arte en que se especializan son campesinos, son cocineras, amas de casa, comerciantes o distribuidores. En cualquier mercado popular o “tianguis” vemos su trabajo, al igual que en las salas museográficas y museos comunitarios de cultura y arte popular, donde se exhiben producciones artesanales utilitarias como la de don Serafín, quien tiene en el Museo Regional de la Sierra Alta Hidalguense varias bateas de madera.

Es un compromiso social tomar parte en todos estos procesos de rescate, conservación y difusión del patrimonio intangible, el cual pertenece a todos los mexicanos, pero sobre todo a los que viven todavía con sus usos y costumbres, y necesitan acciones del Estado y de los promotores de cultura que los fortalezcan en ese diario enfrentamiento que libran los artesanos con la modernidad, que en medio de esta cultura materialista y de consumo los reta a no dejar sus tradiciones.

Suena en medio de una estancia a media luz el dulce ritmo de las guitarras y el violín, acompasado, hipnotizante, creador de un clima ceremonioso, de profunda reflexión por la vida y por la muerte, por la presencia de esa ausencia que se hace patente, dolorosamente real, impactante la entereza de familiares que acostumbrados a un pragmatismo casi heroico, realizan y ofrecen sus últimos regalos al “angelito” que ha partido, preparándolo, aprovisionándolo para ese decisivo viaje, y acompañándolo en esa última convivencia.